

XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche, 2009.

La figura del estadístico en la Argentina moderna. Retrato histórico de un grupo experto (1880-1945).

Daniel, Claudia.

Cita:

Daniel, Claudia (2009). *La figura del estadístico en la Argentina moderna. Retrato histórico de un grupo experto (1880-1945)*. XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-008/138>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

La figura del estadístico en la Argentina moderna. Retrato histórico de un grupo experto (1880-1945)

Lic. Claudia Daniel (UBA-IDES-CONICET)

En una Argentina que pujaba por ser moderna, y sobre la base de una progresiva diferenciación de las esferas política e intelectual, una figura que detentaba un saber específico sobre la sociedad comenzó a asomarse, a fines del siglo XIX, como nueva voz autorizada para otorgarle racionalidad a ese espacio. Sin ser reconocidos en tanto grupo profesional específico, pero beneficiados de la pertenencia a una burocracia estatal en expansión, los estadísticos argentinos se consolidaron como un cuerpo de especialistas, que detentaba el monopolio de la moderna técnica de “contabilidad social”, al tiempo que su práctica se jerarquizaba por la creación de oficinas, la realización de operativos de recuento y la creciente difusión del lenguaje cuantitativo en el medio local.

En Argentina, el aparato estadístico nacional quedó formalmente organizado, mediante la prolífera legislación en la materia de los últimos años del siglo XIX y los primeros del XX, bajo la forma de un conjunto descentralizado de oficinas especializadas, que presentaron capacidades administrativas disímiles y que en algunos casos vieron superpuestas sus tareas, pero que concentraron a los especialistas de recurrencia obligada del Estado a la hora de poner en marcha operativos de recuento. Según González Bollo (2007), las oficinas fuertes se convirtieron en el núcleo distintivo de la burocracia estadística y segregaron, sino subordinaron, a las más débiles.¹ Los funcionarios-jefes de estas oficinas conformaron el elenco burocrático que es objeto de este análisis, en la medida en que compartieron la responsabilidad de realizar censos nacionales (agro, escolar, industria, población) y provinciales, impulsaron leyes estructurales de la actividad (tanto organizativas como coactivas y relativas al secreto estadístico), crearon y mantuvieron rutinas de recuentos en sus respectivas áreas, dieron sistemática publicidad a su actividad a través de anuarios y boletines, estandarizaron procedimientos y formaron al personal de sus oficinas, en un contexto en el que no se contaba con espacios académicos específicos de instrucción y

¹ Según la clasificación del autor, el núcleo de las oficinas poderosas fueron: la Dirección General de Estadística de la Nación (DGEN), creada en 1894 y ubicada en el Ministerio de Hacienda; la Dirección de Economía Rural y Estadística (DERE), creada en 1899, en el Ministerio de Agricultura; la División Estadística del Departamento Nacional del Trabajo (DE, DNT), creada en 1912, en el Ministerio del Interior; y la Oficina de Investigaciones Económicas, dependiente del Banco de la Nación Argentina, creada en 1928. Las oficinas débiles fueron: Oficina Demográfica Nacional (1899-1907), a la que sucedió la Sección Demografía y Geografía Médica, del Departamento Nacional de Higiene (SDGM, DNH), creada en 1911, ambas dependientes del Ministerio del Interior; la Dirección General de Comercio e Industria (DGCI), creada en 1899 en el Ministerio de Agricultura.

reclutamiento; algunos, en particular, introdujeron innovaciones, actualizaron técnicas y lograron uniformar nomenclaturas, ya en la etapa de democracia ampliada en el país (1916-1930).

A través del despliegue de toda esta serie de prácticas, los estadísticos argentinos adquirieron visibilidad no sólo en el campo burocrático, sino también en un espacio de divulgación científica y en la opinión pública; tránsitos sobre los cuales fueron configurando una imagen de elite técnica. La literatura existente sobre el objeto estadísticas públicas, para el caso argentino, ha realizado importantes aportes en relación a reconstruir una historia institucional del aparato oficial de cuantificación (Mentz, 1991; Massé, 2000; Novick, 2002; González Bollo, 2007), e incluso amplió las posibilidades de análisis al brindar una mirada renovadora que revalorizó las implicancias simbólicas de la matriz discursiva de los tres primeros censos nacionales (Otero, 2006), pero no profundizó, en particular, en el proceso histórico de construcción social de esa imagen de elite técnica, en el período que transcurre entre 1880 y 1945, en los términos que aquí se propone.

Teniendo en cuenta el horizonte de estos aportes, este trabajo busca contribuir a la reflexión histórica sobre el proceso de autonomización (relativa) de un campo de producción de conocimiento y su vinculación con la formación del aparato estatal, pero desde el punto de vista de la definición del perfil y los atributos de sus expertos; es decir, de los sujetos que ocuparon esa posición social, entendida en su doble aspecto: como ubicación sociológica, pero también, como condición representada, imaginaria, a partir de la cual se reafirma la delimitación trazada entre especialistas y legos. Tiene como objetivo describir los contornos específicos de la representación que este grupo de agentes especializados constituyó para sí, considerando que dicha imagen es tanto el resultado de una forma de auto-percepción, como producto del reconocimiento externo.

Como estrategia metodológica se recurrió, en paralelo, a dos técnicas;

1. Por un lado, el estudio biográfico de cada uno de los miembros del elenco burocrático-estadístico y la reconstrucción de sus trayectorias individuales, tratando de dar cuenta de las características comunes (o no) del grupo, de reconstruir su perfil social. Se buscó, además, capturar las redes sociales que los ligaron entre sí, así como comprender la complejidad de sus relaciones con otros sectores de la sociedad. En la medida que se partió de un enfoque histórico, se procuró reconocer la valoración o devaluación de las propiedades sociales del grupo a través del tiempo y, por tanto, deducir de allí sus posibles estrategias de promoción o reconversión de esos capitales.

2. Por el otro, el análisis discursivo de la posición de enunciación erigida por el grupo de especialistas en el ejercicio mismo del discurso estadístico, sus cambios y continuidades. Esta observación se organizó en torno a determinadas preguntas: ¿Cuál fue el lugar que construyeron los estadísticos argentinos al referirse públicamente a un tema como tales? ¿Sobre qué principios de legitimidad articularon su discurso? ¿Qué definía y jerarquizaba su posición como hablante? ¿Qué auditorios hipotéticos crearon?

Integrando ambos enfoques se buscó reconstruir las mediaciones dadas entre posición social, posición representada y dinámica social general, para el caso de los estadísticos argentinos del período 1880-1945.

1) *Los estadígrafos del Príncipe*

Herederos de la generación iniciadora de la actividad estadística en el país (entre los que se encuentran los reconocidos doctores Emilio R. Coni y Diego G. De la Fuente), el grupo que conformó la burocracia estadística del Estado a partir de 1880 –Francisco Latzina, Alberto Martínez, Emilio Lahitte, Gabriel Carrasco– presentaba diversidad de orígenes (el primero inmigrante, los demás argentinos) y formaciones profesionales (con Latzina de formación militar y estudios en matemática, y Carrasco abogado). Algunos, incluso, no necesitaron contar con estudios universitarios finalizados (Martínez y Lahitte) para consagrarse como estadísticos de renombre, especialistas en sus áreas respectivas.² Por su continuidad en los cargos que desempeñaron en el aparato estadístico oficial, se puede deducir que vivieron de su función pública, sin grandes riquezas, lejos de una posición social acomodada.³

CUADRO 1. Resumen de las funciones estadísticas del primero de los grupos estudiados

Personalidades	Gabriel Carrasco	Francisco Latzina	Alberto Martínez	Emilio Lahitte
	1854 - 1908	1843 -1922	1868 - 1925	1848 – 1922
Función de Director en:	Oficina Demográfica Nacional (1898-1908)	Dirección General de Estadística Nacional (1881-1916)	Dirección General de Estadística Municipal (1888-1923)	Dirección de Economía Rural y Estadística (1898-1920)
Censos en los que participaron:	1887/1895 1903/1905	1881/1883/1887/ 1888/1889/1890 1908/1909/1914	1887/1890/1895 1904/1908/1909/ 1910/1914	1908/1914

² Al respecto ver: “Alberto B. Martínez”, La Nación, 27 de mayo de 1896.

³ Para un análisis más exhaustivo de sus trayectorias individuales, ver: González Bollo, 2000 y Otero, 2006, ps. 194-197 y 217-218. Por una cuestión de extensión de la presentación, aquí se retoman algunos aspectos significativos aportados por estos trabajos, privilegiándose aquellos que dan cuenta de estas individualidades en tanto grupo y que posibilitan pensar las mediaciones entre ámbitos de socialización del grupo, posición social y posición representada, objeto de estudio de este trabajo.

Ellos formaron una comunidad de especialistas articulada, fundamentalmente, a través de su trabajo conjunto en relevamientos censales.⁴ En la etapa que va de 1880 hasta la realización del tercer censo nacional (1914) sus nombres aparecen en la dirección de cada censo, de manera individual o interactuando en la comisión directiva de los operativos. Ello los identifica como los especialistas reconocidos socialmente, a los que recurrió el Estado ante sus demandas de conocimiento. Esa experiencia compartida posibilitó el desarrollo de los lazos de amistad y reconocimiento mutuo. Martínez, por ejemplo, en sus boletines mensuales de estadística, destacaba el legado e influencia de Latzina, estimado por sus pares en virtud de su nivel de formación matemática y rigurosidad técnica. Los unió también la valoración compartida de la tarea que estaban llamados a cumplir y la construcción de un interés burocrático en común: fortalecer el espacio ganado por la estadística pública en el ámbito nacional.

Sus trayectorias individuales se robustecieron en el plano local por su vinculación con el exterior.⁵ Ellos tuvieron participación, a través de la presentación de trabajos y publicaciones, en instancias internacionales como congresos y exposiciones, e incluso algunos fueron designados miembro de asociaciones académicas extranjeras. Ámbitos jerarquizados en el campo científico, como el Instituto Geográfico Argentino, fueron sus espacios de circulación y encuentro. En el contexto local, su alto grado de permanencia en los cargos les posibilitó establecer intercambios (como mínimo, a través de sus publicaciones), acumular cierto prestigio, en términos personales y legitimidad social, como grupo. Los diarios de la época dejaron marcas de este reconocimiento, no sólo asentadas en su opinión editorial, sino también en la de grandes personalidades políticas.⁶

⁴ Francisco Latzina dirigió, en 1883, el primer censo escolar de la República. En 1887, Carrasco dirigió el censo de Santa Fe y Latzina realizó el censo municipal de Buenos Aires con Alberto B. Martínez, como presidente y vocal de la comisión, respectivamente. Carrasco y Martínez participaron en la comisión a cargo del segundo censo de población a nivel nacional (1895). Martínez y Latzina compartieron también la responsabilidad de operativos de carácter provincial como el de Córdoba, en 1890 y el de Mendoza, en 1909. Este año, repitieron juntos el censo escolar nacional. En 1904, Martínez dirigió el segundo censo general de la capital del país y 4 años más tarde el agropecuario. En 1905, Gabriel Carrasco dirigía el levantamiento del primer censo de los territorios nacionales. Con la realización del tercer censo nacional de población, en 1914, Martínez se consagraría como presidente de la comisión, por encima de las funciones atribuidas a su amigo, Francisco Latzina.

⁵ Para profundizar, ver Otero, 2006: 213-217.

⁶ En ocasión del segundo censo nacional de población, la prensa transcribía las palabras de quien los había designado miembros de la Comisión, siendo entonces Presidente de la Nación, Luis Sáenz Peña, que afirmaba sentir "satisfacción íntima por haber confiado a tan distinguidos ciudadanos [su] dirección" y los felicitaba "por la competencia y consagración con que han desempeñado sus funciones". "Segundo censo nacional", La Nación, 11 de mayo de 1895.

Tomando en cuenta las referencias de la prensa escrita a estas figuras o las palabras de presentación en sus conferencias, tres características generales son las que se les destacaba: su formación o competencia en materia estadística, su paciencia y su versatilidad. Ya consagrado tras el éxito del tercer censo nacional, Martínez era presentado en el Instituto Popular de Conferencias de La Prensa –espacio cultural de gran importancia en la época, en el que disertó en 1916, 1917 y 1918– como “nadie más autorizado y de más preparación (...) para extraer de este campo tan enmarañado de las cifras censales, conclusiones que representan las síntesis de innumerables cuadros”.⁷ La labor cotidiana del estadístico se consideraba paciente, minuciosa, detallista; una tarea de coleccionista. Aunque esta imagen construida “desde afuera” contradecía la procurada por los especialistas, “desde adentro”, que acordaban en que su función no era “de ninguna manera mecánica; (...) [y] no se reduc[ía] a presentar cifras mudas y frías, destituidas de todo comentario”, sino que, por el contrario, era su deber “afrontar el estudio de los más trascendentales problemas de orden político, social y económico que tiene el país”.⁸ Emergía aquí el tercero de los rasgos de su imagen construida: la versatilidad. Como muestran las obras censales, las notas periodísticas firmadas y las conferencias públicas pronunciadas, el estadístico se sentía habilitado a hablar prácticamente de cualquier tema (economía, educación, moral, política, sociedad). Como conocedor del “verdadero arte de observación de las masas humanas”, su especialidad radicaba, entonces, no en el manejo profundo de una cuestión, sino en disponer del lenguaje que le permitía hablar de ello y de mucho más, al contar con la clave de todo desciframiento: el número.⁹

Si bien reconocida por algunos, la autoridad de su palabra no transitaba el espacio público sin ser puesta en cuestión, por otros. La designación de Alberto Martínez, por el Poder Ejecutivo, al frente del censo de 1914 fue, por ejemplo, fuente de disputa entre quienes lo consideraban “un nombramiento acertado” y la visión opuesta, por ejemplo, de los socialistas que rotulaban sus trabajos estadísticos como un “cúmulo inmenso de falsas cifras”, abriendo suspicacias sobre la seriedad de sus antecedentes y sembrando desconfianza sobre su labor.¹⁰

⁷ Sesión del 28 de julio de 1916. Publicada en Anales del Instituto Popular de Conferencias de La Prensa, Segundo Ciclo, T. II, 1922: 245.

⁸ Tercer Censo Nacional, 1914: 229.

⁹ Tercer Censo Nacional, 1914: 494.

¹⁰ Entre los primeros, se encontraba el diario La Nación. (“El tercer censo nacional”, La Nación, 2 de junio de 1914.) Entre los detractores, La Vanguardia, que señalaba: “la obra del censo requiere una escrupulosidad muy grande, tanta como competencia, y el Sr. Martínez parece estar reñido con dicha virtud”. (“El censo nacional. Mal nombramiento”, La Vanguardia, 20 de septiembre de 1913.)

En este sentido, la pertenencia de esta comunidad de especialistas a la estructura estatal los contagiaba, de algún modo, del desprestigio que padecía la burocracia pública en la opinión general que, como muestra el testimonio de Francisco Latzina que data de 1894, se trataba de un imaginario social previo al radicalismo personalista: "...se ha perdido toda fe en las cosas oficiales, estándose siempre dispuesto a considerar como mentira todo lo que emana de las oficinas públicas. La estadística está hecha por empleados administrativos; basta esto para que se la considere enseguida, no errónea o defectuosa, sino falsa en derecho".¹¹ ¿Qué estrategias desplegaron las figuras más destacadas de este aparato estadístico oficial para desprenderse de esa connotación negativa que arrastraba el colectivo 'burocracia' y salvaguardar su autoridad social?

Una respuesta tentativa a esta pregunta es que su estrategia estuvo ligada a distinguirse como elite. Operación de jerarquización del grupo que no estuvo basada en la postulación del criterio de cercanía al poder político (por reportar a ellos como directores de agencias estatales), sino, por el contrario, en su asociación a un valor socialmente consagrado en la sociedad moderna, el cientificismo, separándose así de la base de empleados públicos desprestigiada. La presentación de métodos, procedimientos, tecnicismos, entablaban la diferencia, del mismo modo que las citas de autoridad y las referencias a las últimas teorías de estadísticos europeos (franceses, italianos, americanos) en las obras que publicaron. Los estadísticos se presentaban a través de ellas formando parte de un circuito que articulaba a las más importantes oficinas de estadística del mundo.¹² Su inscripción en el internacionalismo estadístico, la publicación de sus obras en lenguas extranjeras o el hecho de ser nombrados en las obras de aquellas autoridades (como Latzina por el demógrafo francés Levasseur), constituían estrategias para valorizar su posición y diferenciarse del resto de la burocracia pública.

Al mismo tiempo, en ocasión de cada censo, señalaban públicamente la "tarea patriótica y honrosa" que ejercían los empadronadores, prestigiando por la misma afirmación su lugar como directores, fuente última donde recaía la responsabilidad de semejante gesta patriótica.¹³ El evento del censo terminaba siendo un tiempo (y un espacio) público en que los estadísticos ponían bajo sus órdenes a figuras de prestigio que participaban de los trabajos, como vicegobernadores, jueces, militares, sobre todo en las provincias, trastocando por ese

¹¹ Latzina, Francisco, "Investigación de los pretendidos errores de la estadística nacional", 1894: 2.

¹² En este sentido, Carrasco, por ejemplo, señalaba que "Muchas de las más notables autoridades entre los que debe mencionarse a Bertillon, Bodio, Levasseur, Korosi, han dirigido notas felicitando al gobierno argentino por la creación de la Oficina [Demográfica] y ofreciendo sus más importantes publicaciones." Boletín Demográfico, AÑO 1, N°2, Buenos Aires, enero de 1900: 54.

¹³ "Censo nacional", La Nación, 7 de mayo de 1895.

lapso excepcional las jerarquías sociales entonces consolidadas.¹⁴ A su vez, promovían la concepción de que las tareas que se encontraban a su cargo requerían de competencias especiales, idoneidad y preparación, jerarquizando de un modo más su lugar, en tanto responsables de su selección y encauzamiento. En torno al censo de 1895, este aspecto llegó incluso a manifestarse en un conflicto público, alentando posiciones en desacuerdo con lo que consideraban un manejo arbitrario del Ejecutivo, que coartó las atribuciones de la comisión censal relativas a la designación del personal, y el nombramiento de empleados para trabajar en la repartición del censo quedó sujeta a la recomendación del poder político.¹⁵ Pasaron otros gobiernos y los estadísticos continuaron siendo críticos de la forma en que se tomaban ciertas decisiones desde el poder y de una cultura política aferrada al amiguismo y la distribución prebendaria del puesto público.¹⁶ Sin embargo, su posición no distó de ser ambivalente, puesto que su inscripción en el Estado en otras ocasiones fue asumida como un valor positivo.

Pese a sus críticas, su pertenencia como grupo a la estructura estatal fue utilizada por los estadígrafos como fuente de autoridad de su palabra; sus obras censales, por ejemplo, no dejaron de transcribir las leyes, decretos y reglamentaciones que encuadraban su tarea, presentándose de esta manera como sujetos respaldados por el Estado, destacando su discurso como voz oficial. Haber ‘rescatado’ este espacio de enunciación no entraba en contradicción, sin embargo, con aquello que caracterizó la posición social representada por este grupo de especialistas: su pretendida separación tanto de las esferas del poder político como del poder social.¹⁷

Desde su construcción simbólica, la función principal del estadístico se recortaba en torno a asesorar a la administración política y dar elementos para la resolución de los problemas más importantes de la sociedad argentina. Sobre todo, su rol era el de poner a disposición del soberano “las lecciones fecundas para la civilización, el progreso y el bienestar...” que la estadística estaba en condiciones de brindar.¹⁸ Su posición social imaginada se identificaba con la de “Los consejeros del Príncipe”. Latzina, uno de sus principales promotores, lo expresó de esta manera: la estadística “guía a los gobiernos en sus pasos y les sugiere los medios de corregir errores político-económicos pasados, de

¹⁴ “Tercer censo nacional”, La Nación, 9 de mayo de 1914.

¹⁵ Al respecto ver: “Censo nacional”, La Nación, 19 de mayo de 1895.

¹⁶ Téngase en cuenta que la trayectoria individual de Martínez, centrada en una carrera estatal y el interés específico asociado a ello, lo harían ver con recelo esta competencia “ilegítima” en el campo burocrático.

¹⁷ Me refiero a las entidades representativas de intereses organizados, como la Sociedad Rural (SRA) o la Unión Industrial (UIA).

¹⁸ Segundo Censo Nacional, 1895, T1: XIX.

administrar provechosamente una sociedad en el presente y de prevenir conflictos y malas situaciones que asoman en el porvenir”.¹⁹ Para el estadístico Martínez estaba entre sus atribuciones brindar “al legislador y al estadista el mayor caudal posible de informaciones y de luces para la más acertada solución de los [problemas políticos, sociales y económicos]”.²⁰ Como especialistas, los estadísticos se proponían “sacar a los gobernantes de la ignorancia de las leyes naturales que conducen a la realización de los destinos sociales”.²¹ Su propósito era el de aportar el fundamento empírico a la ciencia de gobierno. Es decir, brindar racionalidad a la práctica política, sustentando o contradiciendo impresiones primeras sobre fenómenos de por sí complejos; contraponiendo el cálculo (base de la racionalidad estadística) a la arbitrariedad (base de la racionalidad política).

De este modo, construían entre sus interlocutores privilegiados a las más altas capas de la cúpula del poder político (los representantes del Poder Ejecutivo y Legislativo), lo que prestigiaba a su vez su posición social. En este sentido, Latzina fue claro al delimitar un auditorio: “¿A quién debe servir la estadística oficial? ¿A los clientes de la bolsa o al gobierno? Me permito creer que es al gobierno, primero porque éste se la paga, y segundo, porque la estadística se considera en todos los países civilizados como base de administración y de legislación, y no como órgano de información para que algunos monopolizadores mercantiles sepan a qué atenerse en sus cálculos de provecho exclusivamente propio. La estadística, esto es claro, debe servir a miras altruistas y no egoístas; se ha creado para que sirva a los intereses de la comunidad y no a los de algunos comerciantes”.²² Entonces, en correspondencia con ese fin último al que se orientaba la actividad estadística –el progreso de la sociedad toda–, los estadísticos consideraban como interlocutor válido al ‘hombre político’, en tanto personificación de quien ejerce una función pública, con una misión colectiva. La construcción de una imagen técnica por parte de estos estadísticos desestimaba, entonces, a los sectores empresariales privados como parte de su auditorio legítimo, por ser portadores de intereses particulares; y este aspecto es importante de retener en virtud de los cambios que analizaremos más adelante.

Por otra parte, ese propósito “altruista” del estadístico arriba señalado los acercaba a las metas de ese ‘hombre orientado al interés público’ al mismo tiempo que contribuía a crear y reforzar esa distancia (imaginada e imaginaria) entre “técnicos” y “políticos”. Esto es así

¹⁹ Latzina, Francisco, “Conferencia en el salón de claustro de la Universidad Mayor de San Carlos, el 11 de junio de 1876”, Imprenta del “Eco de Córdoba”, Córdoba, 1876: 6.

²⁰ Tercer Censo Nacional, 1914: 229.

²¹ Segundo Censo Nacional, 1895, T2: CXX.

²² Anuario Estadístico Municipal, 1894: XII.

puesto que sus saberes “colocaban” a los estadísticos en una posición que consideraban los habilitaba a señalar sus deberes a las clases gobernantes (valga recordar que estos señalamientos se realizaban desde una autonomía estrecha, puesto que dependían de esos mismos políticos que eran quienes designaban los fondos que podían dar continuidad a su actividad). En la medida en que la estadística era considerada “un espejo que refleja el adelanto de una administración pública”²³, la esfera de acción de los estadísticos integraba también la evaluación de la gestión de las instituciones estatales, pudiendo volcarse tanto a su crítica como a su justificación. Es más, muchas veces confrontados con los tiempos políticos, por ejemplo, por los obstáculos puestos a la realización de los censos y críticos del manejo de los fondos públicos, para los estadísticos se trataba más bien de reemplazar la lógica política, arbitraria y personalista, por la racionalidad objetiva e inobjetable de los hechos.²⁴

Por momentos, devaluada en el imaginario social como una actividad que no se diferenciaba de la práctica común del hombre más común, por otros recreada como una labor de gran importancia política, que “no debe reducirse a un simple y mecánico recuento”, por lo tanto, materia de un especialista, la autoridad social de los estadísticos resultó entonces del encuentro entre una imagen labrada y proyectada, por el grupo para sí, y la variedad de opiniones y reconocimientos que circularon por el espacio social.²⁵ Tras esta dinámica compleja, se fue acumulando un saldo positivo: el de la creciente difusión de este lenguaje (décadas antes, sino desconocido, con escasa relevancia pública) del que los estadísticos oficiales procuraron ser sus únicos portavoces.

Realizada esta misión, llegará a ellos la competencia por ese rol de intérpretes autorizados de los números que le presentará una nueva generación de estadísticos, en gran parte vinculados a la universidad; rivalidad que quedaba establecida cuando la joven Facultad de Ciencias Económicas planteaba la utilidad del censo ya no en los aportes de la mirada

²³ Tercer Censo Nacional, 1914: 494.

²⁴ La relación de Latzina con el poder político no estuvo extensa de tensiones, debido a sus críticas en relación con el gasto excesivo del Estado nacional, el acrecentamiento de la burocracia –que se ocupó de medir con el primer registro de empleados públicos iniciado en 1893–, pero más que nada, por el manejo “irracional” y el derroche de los recursos públicos. Martínez compartía esta mirada crítica de los artilugios del poder político que utilizaba una serie de recursos para burlar las restricciones fijadas por ley (acuerdos extraordinarios, créditos suplementarios y leyes especiales) y autorizar nuevas erogaciones, resultando, finalmente, en un manejo prácticamente arbitrario del gasto público. (Botana y Gallo, 1997)

²⁵ Estas visiones encontradas sobre la actividad estadística no respondían a grupos sociales específicos o a intereses particulares contradictorios, sino que podían presentarse simultáneamente en el propio discurso de un mismo actor social. Por ejemplo, la SRA devaluaba esta actividad al igualar la tarea del censo agropecuario a “lo que el más modesto comerciante pampeano hace periódicamente con las existencias de su negocio; dar balance, para saber con qué fundamentos, con qué limitaciones y con qué ganancias se está verificando el giro de capital”. (“El censo agropecuario”, Anales SRA, año XLI, vol. LV, 1908: 9) Mientras que en ese mismo documento planteaba la cuestión del registro de la riqueza agropecuaria de la nación como algo más que un simple recuento.

burocrática, sino en la lectura “científica” depositada ahora en quienes se habían formado en la universidad:

“... No será ciertamente el mayor valor del censo el que ofrezcan los volúmenes oficiales que se publiquen. Surgirá del estudio crítico comparativo que en base a sus informaciones realicen los que dedican sus especulaciones científicas a estas disciplinas ya sistematizadas en estudios universitarios, de los que deben surgir orientaciones imprescindibles y rumbos ciertos para la legislación.”²⁶

Desde el punto de vista que aquí nos interesa, la conocida disputa entre Alejandro Bunge y Alberto Martínez en relación a las cifras arrojadas por el tercer censo nacional (1914) condensa el choque entre capitales sociales y principios de legitimidad diferentes. La rivalidad expuesta en ese encuentro se toma aquí, más allá de una disputa entre generaciones, como el momento de transición hacia una nueva construcción de la figura del estadígrafo.

2) *Del estadígrafo al experto*

Alejandro Bunge es, sin duda, la personalidad emblemática alrededor de la cual pueden ser agrupados los miembros de un nuevo grupo de especialistas en estadísticas: Domingo Borea (formado junto a Lahitte, pero que continuó en funciones después de su muerte), Julio César Urien, Alfredo Lucadamo, Raúl Prebisch, Argentino Acerboni, Emilio Rebuelto, José Figuerola y Juan M. Vaccaro.²⁷ Predominaron entre ellos, los economistas (o los ingenieros, según donde se lo ubique al mismo Bunge), logrando el desplazamiento definitivo de la disciplina profesional que se había asociado originalmente, en el país, a las cifras.²⁸ Por primera vez, encontramos a una mujer, la doctora Adela Zauchinger, entre quienes ocuparon funciones directivas en el aparato estadístico nacional, pero su inscripción en este círculo de especialistas técnicos es problemática, dado su rol marginal y algo desprestigiado desde el punto de vista de sus contemporáneos.²⁹

²⁶ Revista de Ciencias Económicas, año III, num. 27, septiembre de 1915: 193.

²⁷ No se trata aquí de hacer una reconstrucción exhaustiva de la rica trayectoria pública y privada de Alejandro Bunge, sino más bien recuperarlo en tanto figura que condensa los atributos a los que se buscó asociar la imagen pública del estadístico a partir de los años '20. Para estudios específicos sobre la obra y formación intelectual de Alejandro Bunge ver, entre otros, Pantaleón, 2004 y González Bollo, 2004.

²⁸ Me refiero a los médicos higienistas que aunque no se encontraron entre los anteriores, se puede decir que seguían teniendo un ascendiente sobre esa generación; Martínez por ejemplo se reivindicó discípulo de Rawson.

²⁹ La sanitarista, demógrafa y estadígrafa Adela Zauchinger, que dirigió la Sección Demografía y Geografía Médica del DNH entre 1913 y 1940, formó parte de la primera generación de mujeres médicas que participaron formalmente en el ámbito científico-institucional argentino. Se diplomó en medicina en 1910 (siendo una de las 11 mujeres que lo hizo en esa década, 1% del total de médicos recibidos en ese período). Su tesis doctoral –“La protección de la primera infancia”– fue dirigida por Dr. José Penna. Este nexo, que le permitió su incorporación como personal técnico al DNH, constituía, junto a los contactos personales, los canales típicos de integración de las mujeres a reparticiones estatales y otras instituciones científicas en la época.

Cuadro 2.

		Alejandro Bunge	Alfredo Lucadamo	Raúl Prebisch	Julio C. Urien	Domingo Borea	Juan M. Vaccaro	Argentino Acerboni	José F. Figuerola	Emilio Rebuerto
Función directiva en el aparato estadístico	Oficina	DNT-DGEN	DGEN	DGEN / OIE / OIE B.Central	DERYE	DERYE	OIE/DGEM CONSEJO	DE Prov.Bs As. / DGEN	DE - DNT	FFCC
	Trayectoria	1913-1915 1916-1924	1925-1944	1925-1928/ 1928-1934/ 1935-1944	1923- 1937	1912-1943	1928-1930 1930 /1944	1924-1928 1928-1929	1931- 1943	1911- 1950
Universidad	Formación	ingeniero		contador		agronomo	contador	economista actuario	abogado	ingeniero
	Docencia	FCE (UBA) Derecho de La Plata		FCE (UBA) / La Plata		FCE (UBA) Agronomía (UBA y La Plata)		FCE (UBA)	FCE (UBA)	FCEfYn / FCE / Arquitect. / Medicina
	Directivo					Consejo Superior UBA				FCEfYn
Pertenencia a	Instituciones Científicas	Academias de Cs.Ec y Cs.Pol / MSA		Academia de CsEconómicas		MSA				Soc.Científica Arg. / MSA
Sociedad Argentina de Estadísticas (1937)		X							X	X
Revistas	Directivo	REA		Revista de Ciencias Ec.					Derecho Social	Politécnica / Riel y Fomento
	Colaborador			REA	RevCsEc	Ingeniería Agronómica / RevCsEc / REA	RevCsEc	RevCsEc	REA/ RevCsEc	Técnica / Rev. de Estadística Argentina
Relaciones con entidades corporativas	SRA	X	X	X		X		X		
	UIA	X								
	BOLSA DE CEREALES					X				

Fuente: Elaboración propia.

Las trayectorias de las figuras gravitantes de este grupo supieron articular un lugar como funcionarios de la burocracia estatal, cierto prestigio académico y nutridos vínculos con entidades privadas y/o corporativas (ver cuadro 2).

Sobre “las sombras ingratas de nuestros antecedentes estadísticos” –como se refirió, en 1918, Estanislao Zeballos a la generación precedente a la de Bunge– la “labor notable” de un “espíritu robusto y organizador” como el del Director Nacional de Estadística era enaltecida y postulada como guía de esa nueva generación de técnicos que empezaba a cumplir funciones públicas, en el marco de un cambio del horizonte político (democracia ampliada), pero que no tendrían problemas en acomodarse más tarde a otro cambio institucional, esta vez de signo autoritario (golpe del '30), en el que permanecerían en funciones. Para Zeballos, los trabajos de Bunge tendían “a formar una escuela científica que preparará a la República para el catálogo numérico de los hechos que, sumados, constituyen su civilización.”³⁰

Es interesante rescatar de aquí la noción de “escuela” utilizada para hacer referencia al camino trazado por Bunge, ya que ante la ausencia de los mecanismos típicos de consolidación de una profesión (la exigencia de titulación, como barrera de ingreso al grupo, o, menos aún, la presencia de instituciones que regulen el ejercicio de la actividad estadística), ella expresa la gravitación que tuvo esta figura en el proceso de constitución del perfil de estadístico, en virtud de establecer (o pretender hacerlo) un definición legítima del contenido de la actividad, sellar un patrón válido de trabajo para el grupo y buscar garantizar el futuro desempeño de sus miembros, de manera de acercarse a dicho cierre (la profesionalización) colocando a la práctica estadística fuera del alcance de ‘improvisados’ y/o ‘competidores’. En relación a la construcción de la figura social del estadístico, el adjetivo “científica” –que acompaña en los dichos de Zeballos al sustantivo “escuela”– expresa, por un lado, una continuidad respecto al grupo anterior: la de, en la búsqueda de prestigio colectivo, echar mano a un criterio (del campo científico) ajeno al ámbito de ejercicio de la actividad (el burocrático). A su vez, muestra la dependencia respecto de una mirada externa (outsider) que era la que progresivamente cumplió la función de reconocerlos como especialistas, puesto que dicho aval no recaía, exclusivamente, en el juicio de sus pares.³¹

³⁰ Anales del Instituto Popular de Conferencias de La Prensa, cuarto ciclo, T. IV, 1924: 238.

³¹ En vistas al fuerte reconocimiento personal por parte de sus contemporáneos, y teniendo en cuenta la importancia de las gestas personales como la de Bunge en la institucionalización de la práctica estadística en el país, es difícil establecer hasta qué punto, aunque las marcas individuales (como la firma personal al pie de la obra) fueron borradas y supeditadas a una presentación más impersonal, las estadísticas de este período no

En términos del grupo, en general, se observa que sus miembros sobrepasaron las fronteras de las funciones directivas que ejercieron de manera contemporánea, en los distintos rincones del aparato estadístico nacional (ver cuadro 2), y llevaron su interés estadístico a otros espacios institucionales (la universidad, las revistas especializadas, los institutos de investigación, el Museo Social Argentino). Estos ámbitos académicos por los que transitaron fueron los que los conectaron entre sí. Uno de los rasgos que compartieron fue el cumplimiento de funciones docente en distintas casas de estudio de la Universidad de Buenos Aires (UBA) y La Plata. Gran parte de ellos tuvieron en la Facultad de Ciencias Económicas (FCE) de la UBA, en especial, un espacio de encuentro, de intercambio y extensión de sus redes personales. Este ámbito también les permitió encarar tareas de investigación en el marco de los seminarios o en los institutos de la facultad y difundir la práctica de investigación entre las nuevas generaciones (en su rol de formadores de currícula). Ellos compartieron la concepción de que el examen ‘directo’ de los hechos debía estar integrado a la disciplina universitaria, pues era la presencia de las estadísticas la que robustecía a la economía como ciencia.

De este modo, este grupo reconoció nuevos auditorios (en comparación a la generación anterior), ya que su discurso poblado de cifras se orientó también, de modo indirecto, a sus opositores al interior del campo universitario, con quienes competían por la definición válida de la disciplina.³² De esta manera, la estadística definía un perfil particular de especialista.³³ Bunge lo identificó (e integró) como: “los que estudiamos de continuo los problemas nacionales con método realista”.³⁴ La adscripción a un halo científico no era tanto la forma de investir la figura del estadígrafo de un academicismo teórico, como la vía de asociación de su labor con el pragmatismo. Según Bunge, su trabajo debía estar “orientado en

continuaron atadas a “sellos de autor”, como observó Otero (2006) para la estadística decimonónica. Según este autor, en el período que sigue a la estadística del período del Estado conservador, pierden centralidad las personalidades que encarnaron al discurso estadístico en Argentina, pues dejan de resonar marcas individuales; y, por tanto, es más adecuado referirse a ellos como una generación de técnicos estadísticos “anónimos”. Sin embargo, la impronta dejada por Bunge en la estadística oficial (no sólo desde el punto de vista de los procedimientos, técnicas, definiciones, sino también en la producción simbólica de la representación social de la figura del estadístico) es innegable y se potencia, si se tienen en cuenta los relativamente cortos (y accidentados) períodos en que éste cumpliera funciones oficiales en el aparato estadístico.

³² Un comentario, aparecido en la prensa, tras la aparición del IV volumen del libro de Bunge “La economía argentina”, es representativo de esta disputa por la definición de la disciplina, el rol de la estadística y la diferenciación respecto de los oponentes: “La economía es una ciencia esencialmente estadística; sus conclusiones suceden a la acumulación de datos” (...) “no abundan las investigaciones de carácter especial y práctico en nuestra bibliografía económica y precisamente en ello finca uno de los méritos más destacados del ingeniero Bunge”. (La Nación, 3 de mayo de 1930)

³³ Aunque aquí se retoma el ejemplo de la economía, como disciplina científica, esto también es válido para la ingeniería, donde la estadística contribuyó también a definir un perfil particular, al ingeniero social.

³⁴ El subrayado es mío. Anales del Instituto Popular de Conferencias de La Prensa, décimo ciclo, T X, 1926: 117

el terreno de la política económica aplicada”.³⁵ La orientación práctica, trazada por Bunge, habilitaba al estadístico a presentar en sus informes proposiciones políticas junto a sus cifras ‘neutrales’, sugerir medidas de gobierno acompañando a los números oficiales.³⁶

Otro de los rasgos que caracterizó a este grupo fue su perfil de publicistas (con Alejandro Bunge otra vez como caso paradigmático), invirtiendo importantes recursos en dotarse de visibilidad pública. La orientación pragmática antes mencionada contribuía con creces a este perfil, lo que no quiere decir que en los discursos de Latzina, Lahitte o Martínez no existieron propuestas políticas, explícitas o no, sino que no alcanzaron los niveles amplios de circulación pública que mostró la palabra de ciertos estadísticos a partir de los años ’20. Su visibilidad se veía acrecentada, a su vez, por la orientación de muchos de ellos a la dirección de proyectos editoriales o su colaboración en revistas, que fueron espacios privilegiados de intercambio de este grupo (como la revista de la Facultad de Ciencias Económicas o *Economía Argentina*). De este modo, sus esfuerzos procuraron tanto crear una comunidad de lectores especializados como acercarse al gran público.

Es importante tener en cuenta también que, en la Argentina de las primeras décadas del siglo XX, en el marco de la transición de una cultura de notables a otra de carácter más popular, motorizada por la ampliación de la escolarización, los diarios se convirtieron en una tribuna privilegiada por este grupo de estadígrafos. Para ellos, la prensa constituía un espacio de difusión de su saber y de su quehacer, en tanto estadísticos, y por tanto un medio de reafirmación social, paralelo a los canales oficiales (boletines, anuarios, memorias), pero revalorizado por la comunidad de estadísticos frente a las restricciones económicas que muchas veces recaían sobre su actividad. Promediando 1919, muchas de las publicaciones estadísticas nacionales habían dejado de aparecer desde 1915/16, siendo víctimas también de las reducciones de las partidas para impresiones que sufrieron casi todas las reparticiones nacionales.³⁷ Si bien se trataba de un hecho con efectos desiguales –ya que las dependencias

³⁵ Bunge, Alejandro, “Intercambio económico de la República 1910-1917”, Talleres Gráficos Argentinos de L. J. Rosso y Cía., Buenos Aires, 1918: 9.

³⁶ Esta asociación entre estadístico y ciencia, que funcionó en la universidad como principio de legitimidad de un tipo de práctica profesional, puede ser también observada, en su revés, cuando el grupo de profesionales formado por Bunge desembarcó en el Estado. A partir de entonces, y gracias a la presencia de “expertos”, portadores del método realista, la ciencia se empezaba a practicar desde otros espacios públicos, no universitarios. En 1928, la nueva Oficina de Investigaciones Económicas del Banco de la Nación se presentaba como una oficina de investigaciones científicas, y era la credencial de profesor (de Economía Política en la UBA) la que habilitaba la experta dirección técnica de Raúl Prebisch. De esta manera, la estadística ‘se cobraba’ la legitimidad prestada otrora a la disciplina naciente. Ver: *Revista Económica*, vol. 1, num. 1, agosto 1928: 2-4.

³⁷ En 1919, el Anuario Estadístico de la Dirección General de Ferrocarriles se encontraba suspendido; tampoco era publicado el Anuario Demográfico, del DNH (cuyo último ejemplar había sido impreso en 1915). Lo mismo ocurría en dos de las oficinas institucionalmente poderosas, con el Anuario Estadístico del DNT (el último databa de 1916), dirigido por el estadígrafo Prieto Costa, y en la DGI, que tenía desde 1915 suspendida la

como la DGEN y DERyE, continuaron con sus publicaciones, pues disponían de presupuesto—, estos recortes repercutían negativamente en la actividad, en la actualización de sus datos e incluso en el prestigio social de sus oficinas y, por ende, de sus productores.³⁸

Sea como recurso secundario, ante el cierre de los canales oficiales, o como vía de difusión amplia y ágil, mediadora por tanto de que las cifras llegaran a sus destinatarios últimos (la clase dirigente), la prensa fue valorada como socio por este cuerpo de especialistas. Constituyó, sin dudas, un canal de persuasión de la importancia de su práctica y lo indispensable de su función. Esta sociedad implícita entre actores (prensa y estadísticos) se basaba en que —según Bunge— “el alto periodismo argentino” compartía algunos de sus preciados baluartes: “el culto de la verdad, de la información exacta, del esfuerzo por conocer y difundir los hechos argentinos, en todos los terrenos, con concepto objetivo, independiente y realista.”³⁹

En esta línea, en una conferencia de agosto de 1924, Bunge destacaba la manera en que “La información verídica y la interpretación realista se abr[ía]n camino vigorosamente, como un método que se opone a la vieja tendencia a hablar y a proceder por impresión”.⁴⁰ En su discurso, la estadística ocupaba el centro neurálgico de ese proyecto nacionalista que él buscaba propagar entre la población, en general: “todo lo que se haga en ese sentido de la verdad y de la precisión será en bien de la República y en bien del desarrollo de la conciencia nacional”.⁴¹ Es llamativo que, según el orden otorgado por Bunge a los factores adversos al desarrollo de una conciencia nacional en el país, su desconocimiento y los errores en la información ocupaban el primer lugar. Entonces, para robustecer el “espíritu propio, independiente” del pueblo argentino, establecía como prioridad promover la información “verídica”, la interpretación “realista”, el conocimiento regional “preciso”; verdad, realismo precisión, todos atributos asociados a la estadística. La estadística adquiría así un valor

publicación de su memoria anual. El problema abarcaba tanto a publicaciones menos costosas, como el resumen de datos que, con fines de difusión, publicaba la DGCEI del Ministerio de Agricultura, con el título de “Comercio internacional argentino” (el último databa de 1916), y a la publicación municipal, el Anuario Estadístico de la Ciudad de Buenos Aires (1914), que recién volvió a ver la luz con una compilación de los años 1915-1923. Véase, “Supresión de la brújula del Estado”, La Nación, 26 de mayo de 1919.

³⁸ En las páginas de la prensa —órgano representativo de esa construcción social llamada opinión pública— la supresión de fondos para la actividad terminó favoreciendo el reconocimiento de ciertas individualidades destacadas (reconocidos como profesores y funcionarios), cuyos esfuerzos personales por sostener las estadísticas se adjetivaban de “patrióticos”. Así, la actividad y posición social de estos sujetos era reivindicada frente lo que se entendía como una política irrazonable de parte del gobierno nacional, ya que sin la publicación de estadísticas, “toda investigación económica o sociológica en nuestro país resulta penosa, y la orientación administrativa incierta, cuando no equivocada.” (“Supresión de la brújula del Estado”, La Nación, 26 de mayo de 1919)

³⁹ Anales del Instituto Popular de Conferencias de La Prensa, décimo ciclo, T X, 1926: 123.

⁴⁰ Anales del Instituto Popular de Conferencias de La Prensa, décimo ciclo, T X, 1926: 123.

⁴¹ Anales del Instituto Popular de Conferencias de La Prensa, décimo ciclo, T X, 1926: 123.

supremo, en tanto aglutinador de la comunidad nacional y promotor de la identificación patriótica, y sus especialistas encarnaban el máximo nivel de esa conciencia nacional.

Si bien la participación en la construcción de una identidad nacional es una actividad política por excelencia, de acuerdo a la forma en que los estadísticos construyeron simbólicamente su posición social, el carácter a-político de la actividad técnica que desempeñaban se consideraba iba de suyo. La generación previa había ya invertido importantes recursos en establecer esa divisoria. La nueva generación no hizo sino incorporarla para sí, profundizando esa representación o agregándole nuevo matices. La disputa de autoridad entablada entre Bunge y las administraciones radicales en los primeros años de la década del '20, en torno a los criterios válidos de designación de personal y organización de la oficina central (DGEN), fue una forma de escenificación pública de esa separación –que se planteaba insondable– entre técnicos y políticos.⁴² A su vez, la construcción de la representación del estadígrafo público como educador del soberano, fue la forma novedosa de reinventar simbólicamente esa distancia. Ante un poder político poco habituado al “uso de los métodos propios de la alta política, medidos, científicos y realistas”⁴³, la estadística se elevaba a “su alta función de maestra de gobiernos”.⁴⁴ El estadístico tomaba un nuevo rol público: el de formador de la clase dirigente, sembrando la estadística en “la lógica y el pensamiento de los organizadores de nuestra nacionalidad”.⁴⁵ Para Bunge, sin embargo, “conseguir que todo el país dirigente se informe con la necesaria exactitud de los hechos económicos nuevos y destruya sus prejuicios no es tampoco tarea sencilla, como podemos ver recordando algunos ejemplos...”⁴⁶ Con su rol de educador del soberano (y ya no sólo “Consejero del Príncipe”), el estadístico procuraba ubicarse en lo más alto de la pirámide del prestigio social.

Al mismo tiempo, la función del técnico estadístico, junto al poder político, acompañándolo en su ejercicio, se difundía en la opinión pública como un vínculo necesario. La metáfora más difundida por aquellos años para hacer alusión a la actividad estadística, la brújula, reforzaba en términos simbólicos esa utilidad. Identificándose con los instrumentos fundamentales de la navegación (“la brújula y el sextante, los anteojos y los mapas y los planos de las rutas”), los estadísticos se establecían como indispensables para que “los pilotos

⁴² Hago referencia a la renuncia, reincorporación y nueva renuncia de Bunge a la DGEN. Para seguir este cruce ver: La Prensa, 1/12/1921. La Unión, 6/2/1923. La Nación, 16/11/1924.

⁴³ Anales del Instituto Popular de Conferencias de La Prensa, décimo ciclo, T X, 1926: 128.

⁴⁴ Anales del Instituto Popular de Conferencias de La Prensa, cuarto ciclo, T. IV, 1924: 238.

⁴⁵ “El censo”, La Nación, 1° de junio de 1914.

⁴⁶ Anales del Instituto Popular de Conferencias de La Prensa, cuarto ciclo, T IV, 1924: 246.

de la Nación” orientaran la nave del estado, sobre todo en tiempos de tormenta.⁴⁷ Así, por contraposición, para un observador de la coyuntura de mitad de la década de 1920, la “ignorancia relativa a los fenómenos económicos” con que se manejaba el gobierno radical, lo llevaba a “soluciones unilaterales o irreflexivas”.⁴⁸ En momentos de crisis, y sobre todo bajo regímenes democráticos, cuando las decisiones públicas se volvían altamente vulnerables a la crítica, los números devenían fundamentales para prestarles legitimidad, ya que –por encima de la arbitrariedad de toda decisión– contribuirían a dotarla de una imagen de objetividad, imparcialidad e, incluso, justicia. (Porter, 1995)

Desde otro ángulo, y sobre el trasfondo de una historia tensa con los centros del poder social, resaltan los vínculos que supo consolidar este grupo de estadísticos con las entidades corporativas que valoraron tanto sus conocimientos como habilidades, cuando en situaciones de crisis (1922, 1930, por ejemplo) se encontraron ante la necesidad de recurrir a saberes validados socialmente. De su parte, los estadísticos encontraron aquí su reconocimiento externo en tanto “expertos”, ya que éstas asociaciones de interés buscaron asesoramiento entre los especialistas formados en la FCE, y entre ellos, a los reconocidos por su labor técnica en el Estado, desestimando otros vías que, en principio, podrían parecer más directas, como reclutar para esta tarea a técnicos que estaban cumpliendo funciones en el mercado privado.⁴⁹ Las trayectorias de Bunge, Prebisch y Lucadamo muestran funciones de responsabilidad en instituciones como la SRA (1922 y 1928) o la UIA (1933), en las que asesoraron proyectos de investigación y organizaron sus centros particulares de producción de cifras. Desde el punto de vista de la construcción de la figura del estadístico, se puede pensar que estos lazos constituyeron las alianzas necesarias de esta elite estadística para hacer efectiva la institucionalización de su posición, sentando sobre bases firmes la figura del estadístico como experto.

Si bien estos lazos contribuyeron a acrecentar el prestigio social de algunas de sus figuras, acarrearon también un costo, puesto que pusieron en cuestión uno de los pilares fundamentales del discurso estadístico: su pretendida objetividad (entendida en términos de imparcialidad). La participación de Bunge en instituciones corporativas impactaba en cierta parte de la opinión pública a la que le resultaba problemático conciliar la supuesta neutralidad de las cifras con el servicio a intereses particulares de parte de un estadígrafo “profesional”. Por ejemplo, los socialistas de La Vanguardia, en desacuerdo con las conclusiones alcanzadas

⁴⁷ “Supresión de la brújula del Estado”, La Nación, 26 de mayo de 1919.

⁴⁸ “El censo industrial”, La Nación, 7 de marzo de 1925.

⁴⁹ Sobre ellos volveremos más adelante.

por el estudio “científico” sobre la crisis vitivinícola mendocina de Bunge (que diagnosticaba en ella un problema de exceso de oferta y por tanto proponía difundir el consumo popular del vino), denunciaban la pérdida de imparcialidad de un experto cuyas conclusiones terminaban siendo “a medida de los intereses de los bodegueros” e iban en contra de las virtudes morales e higiénicas que “el buen sentido” imponía a los sectores trabajadores.⁵⁰

Mediante su vinculación con el campo privado y a partir del reconocimiento del actor corporativo como interlocutor legítimo, el estadístico supo construir –hacia la segunda mitad de la década del ‘20– la singularidad de su perfil técnico, en el que también integró un nuevo rol como mediador en el mercado. En su calidad de productor de información, desde el Estado, procuró ubicarse en un lugar central de la relación entre oferta y demanda. La información “verdadera” y “actual” que el estadístico producía se presentaba como garantía para alcanzar el término justo de ese intercambio. Los estadísticos, protectores del cálculo exacto, devenían también guardianes de “la justicia” (la del mercado auto-regulado), cuando se enfrentaban a un enemigo (común, decían, a los productores rurales): los especuladores.⁵¹ En este sentido, la DERyE buscó constituirse en una institución tutelar de productores y comerciantes agrícolas argentinos al brindarle la información del mercado, local y mundial, necesaria para que no procedieran por impresiones personales, deficientes e irracionales, en sus negocios privados.⁵² La SRA, como entidad representativa de estos intereses, acompañó esta operación consolidando, a su vez, una demanda de información. Así, anunciaba en el marco de la situación crítica de 1930: “... debe salirse del estado de incertidumbre; porque una vez en posesión de las cifras se podrán realizar los cálculos acerca de las perspectivas de los negocios con una base seria, de que ahora se carece...”⁵³ De esta manera, los estadísticos, que realizaban los informes con los pronósticos de producción agrícola, se convertían en quienes proporcionaban bases sólidas a las decisiones privadas: “de las cifras que el recuento arroje podrán obtener datos valiosísimos para el encause de su trabajo y la orientación de sus empresas.”⁵⁴ Se construía así un nuevo destinatario o consumidor de datos, y con él un nuevo

⁵⁰ La Vanguardia, 18 de abril de 1929.

⁵¹ Urien sostenía: “Es necesario agotar todos los medios y no escatimar esfuerzos, porque esta importante repartición tenga la indiscutible autoridad, indispensable para que los millares de habitantes de la República que viven consagrados a las faenas agrícolas y contribuyen al engrandecimiento del país, no sean burlados por los especuladores...” (Boletín mensual de estadística agrícola, mayo 1923: 190)

⁵² La legitimidad social alcanzada por esta nueva utilidad se observa cuando la SRA manifestaba: “Sin estadísticas, se trabaja a ciegas; esto se reconoce en todas las actividades del comercio, de la industria, de las finanzas y no puede constituir una excepción la ganadería, que debe regularizar su producción dentro del concierto general, para no incurrir en errores de apreciación que la arrastren a situaciones sin salida.” (Anales de la SRA, marzo 15, 1930: 216)

⁵³ Anales de la SRA, marzo 15, 1930: 215.

⁵⁴ Anales de la SRA, marzo 15, 1930: 215.

principio de utilidad y legitimidad de la labor del estadígrafo oficial. De aquí en más, como sintetizaba el subtítulo de un artículo publicado en La Nación en 1937, quedaba asentado en el imaginario social que: “No es posible gobernar un estado ni dirigir una empresa sin auxilio de la estadística”.⁵⁵

De este modo, los estadísticos lograron ampliar las bases sociales de valoración del saber específico que detentaban, aunque ello, a su vez, los volvía más vulnerables a la crítica de los ‘outsiders’. La propagación que había alcanzado el descontento con el quehacer estadístico oficial, el descrédito de las cifras existentes y la denuncia de sus baches (entre los que se destacaba la ausencia del censo de población, pero no era el único), fue en paralelo a la construcción de la posición social del estadístico como experto. La palabra del estadístico distaba de ser incuestionable, como lo muestran algunas acusaciones de manipulación y falta de imparcialidad, que legos fundamentaron revistiéndose de términos técnicos, apelando al método y a la objetividad. Durante los años ’20 y comienzos de la década siguiente, los desafíos presentados a los estadísticos consagrados por agrupaciones obreros, entidades corporativas (cerealistas e industriales), o desde otros círculos profesionales, como los médicos, muestran, sin embargo, la existencia de fronteras todavía maleables entre expertos y legos. Al menos tres fueron los aspectos que se postulaban como dominio exclusivo (y excluyente) de especialistas, pero que los legos se consideraron con competencia para intervenir: 1. decisiones relativas a qué aspectos de la realidad era necesario medir; 2. definiciones relacionadas con las formas apropiadas de medirlos (disparadas por el cuestionamiento de los resultados estadísticos alcanzados); 3. por último, el modo de organización que debía darse la estadística oficial.⁵⁶

Si bien los estadísticos buscaron mantener “puertas adentro” el debate sobre la estandarización de las estadísticas públicas, como lo muestra el carácter cerrado de la Primera Conferencia Nacional de Estadística de 1925 (es decir, circunscripto a los técnicos oficiales

⁵⁵ “El censo agropecuario es magna obra nacional para defender al país”, La Nación, 18 de junio de 1937.

⁵⁶ En el primer aspecto, otros profesionales cuestionaban la ausencia de preguntas o las categorías utilizadas en el censo de 1914 y le proponían a los especialistas qué preguntas debían estar en el futuro censo, todavía sin confirmación del Congreso, para que éste sea “científicamente llevado a cabo”. (Ver, como ejemplo: la conferencia del Dr. Nicolás Lozano, en el Instituto Popular de Conferencias de La Prensa, sesión del 22 de mayo de 1931, “El valor humano en la Argentina a través de los censos”) En relación al segundo punto, cabe mencionar que en la prensa obrera, las bases de las estadísticas del DNT sobre el presupuesto de la familia obrera fueron crecientemente vistas con escepticismo y desconfianza, mientras que las entidades cerealistas denunciaban como erróneos los cálculos de stock –de cereal, lino y otros- realizados por la DERYE. En lo relacionado con el último ítem, desde el diario La Prensa, por ejemplo, se impulsaba el establecimiento de una junta coordinadora de las diferentes oficinas, que quedara situada en el ámbito del Ministerio de Hacienda e incluyera a las agencias provinciales. A la vez, fomentaba la conversión de la DGEN en una oficina orientada específicamente a la dirección de censos. (“Organización de la estadística argentina”, La Prensa, 1 de octubre de 1920)

como se encargó de subrayar Alfredo Lucadamo, director de la DGEN, en el acto inaugural), los consumidores reclamaban también potestad sobre esos asuntos. El Ing. Luis Duhau, en su carácter de representante de la SRA, opinaba: “No creemos que el discurrir entorno a la necesidad de perfeccionar nuestra estadística sea misión exclusiva de los técnicos. Por el contrario, corresponde a los que requerimos diariamente guarismos, informaciones fidedignas, promover la preocupación por estos asuntos, que de sobra queda a los técnicos la paciente tarea de construir y divulgar.”⁵⁷ Esta muestra de pretendida injerencia en un ámbito (que pugnaba por ser) especializado, así como toda la serie de objeciones antes señaladas, dan cuenta de un público que había, al menos, perdido su inocencia frente a la “verdad revelada” de las cifras oficiales, y que incluso llegaba a ser capaz de torcer los dichos de esa voz oficial, al lograr que sus cifras sean reconsideradas oficialmente por autoridades ministeriales.⁵⁸

Pero, ¿a qué recursos de legitimidad apelaron los estadísticos oficiales en los momentos que vieron su autoridad cuestionada? Ante el desafío planteado, estadísticos como Julio C. Urien –entonces director de la DERyE– ponían por delante años de trayectoria institucional, base de su *expertise*, en la cual depositaban la pericia de sus cuadros burocráticos, tanto directivos como de planta. Los primeros, recapitulaban en una imagen de eficiencia, valorizando una faceta de administradores racionales de importantes masas de personal.⁵⁹ En relación a estos últimos, reivindicaban su preparación especializada y experiencia, buscando sentar la autoridad de sus números también en el profesionalismo de sus cuadros, basado en el entrenamiento prolongado y sujeto a procesos de evaluación (por pares) que se empezaban a implementar (como, por ejemplo, la Junta de Eficiencia en la DERyE).

La diferenciación destacada en 1933 por quien había sido encargado de la estadística provincial (1924-1928) y que tuvo su paso por la DGEN (1928-1929), Argentino Acerboni, entre el *estadígrafo oficial* y el *estadígrafo ocasional* –“que todos llevamos dentro, y que todos los días encuentra en la vida campo de acción”– apuntaba, en este sentido, a la singularización de un dominio profesional, definido en términos de una actividad ejercida de

⁵⁷ Anuario de la SRA. Estadísticas económicas y agrarias, N 1, 1928: VIII.

⁵⁸ Me refiero a la capacidad de las entidades cerealistas que cumplieron un importante papel durante la década del '20 al presentar públicamente los reparos depositados sobre las estadísticas agrícolas, a raíz de su comparación con información proveniente del exterior. Su tradicional cercanía a registros contables y compilaciones administrativas, las volvía quizá el actor más avezado en el manejo de datos estadísticos, capaz de cotejarlos, compararlos y cuestionar la autoridad de los números oficiales. Al respecto ver: Daniel y González Bollo, 2009.

⁵⁹ Ver Memoria del Ministerio de Agricultura, 1925 y 1926.

manera exclusiva.⁶⁰ Llama la atención que esta clasificación dicotómica de Acerboni dejaba fuera a aquellos cuya formación especializada se había desarrollado en la actividad privada, en el campo de los seguros, y de la que él mismo constituía un ejemplo (se desempeñó como actuario en La Inmobiliaria), así como otro profesor de la FCE-UBA, González Galé (que actuó en la compañía Germano Argentina).⁶¹ Sus trayectorias expresaron, por tanto, el proceso emergente de apertura de otro mercado laboral para los estadísticos; el habilitado por la organización del seguro social en Argentina, apoyada, inicialmente, en la creación de cajas jubিলatorias por gremios instrumentadas a partir de cálculos actuariales.⁶²

Sin embargo, la tipificación de Acerboni refería al técnico estatal, especialista profesional formado en el cargo, por un lado, y construía, por el otro, la representación de una disposición casi innata en el hombre, sobre la que legitimaba a la primer categoría: “Desde el momento que el individuo abre los ojos empieza a observar, y desde el momento que compara dos observaciones, empieza a hacer estadística”.⁶³ De esta manera, la estadística se naturalizaba como forma de entender y explicar la realidad, depositándola en las aptitudes físicas del ser humano (reducidas a medir, pesar, contar) e integrándola en la racionalidad de sus actos.⁶⁴ La figura del *estadígrafo ocasional* destacaba algo así como la inclinación “natural” del “hombre común” a la aplicación del razonamiento estadístico frente a los problemas y decisiones de su vida cotidiana, en la medida en que –se entendía– toda elección se basaba en la experiencia y ésta, a su vez, debía fundarse “en un promedio de observaciones, que no es sino estadística”.⁶⁵ De esta manera, la estadística quedaba inscripta en la forma de razonar del sentido común. Se proponía –prácticamente sobre los pasos de la concepción de Bunge– como un estado de la conciencia, personal y colectiva. A partir de allí, la conformación de un campo profesional se afianzaba, entonces, sobre el desarrollo y perfeccionamiento de una capacidad “propia” de todo hombre.⁶⁶ Lo que distinguía, sin

⁶⁰ Acerboni, A., “La formación mental del Estadígrafo”, Revista de Ciencias Económicas, año XXI, serie II, n142, mayo de 1933: 281-287.

⁶¹ Dentro de la FCE (UBA), la especialidad de actuario fue institucionalizada por González Galé cuando creó, junto al profesor italiano Hugo Broggi, la carrera de actuario en 1927.

⁶² Ellos desarrollaron los cálculos financieros necesarios (que tenían en cuenta las expectativas de vida y utilizaban tablas de mortalidad) para establecer un sistema de imposiciones mensuales que formara el fondo para atender las rentas vitalicias diferidas que los afiliados percibirían en el futuro.

⁶³ Acerboni, 1933: 286.

⁶⁴ Acerboni destacaba en este sentido: “No olvidemos que en todos los hechos de la vida activa, hay siempre un residuo de observación estadística; y que todos nuestros actos, voluntariamente o no, están influenciados por razones estadísticas”. (Acerboni, 1933: 286)

⁶⁵ Acerboni, 1933: 286.

⁶⁶ Por esta razón, Acerboni indicaba que “los requisitos que hemos considerado como indispensables en la formación mental del estadígrafo técnico deben también estar, en mayor o en menor medida, en el estadígrafo ocasional, en el hombre de administración, que debe todos los días fundar y justificar sus conclusiones en observaciones estadísticas, propias o recogidas por otros.” (Acerboni, 1933: 287)

embargo, al técnico oficial era el manejo “de los métodos matemáticos”, su “absoluta y conciente imparcialidad” y el “conocimiento suficiente de la materia sobre la cual versan las investigaciones.”⁶⁷

En la misma línea de rescatar la formación especial del investigador estadístico, Pedro Baiocco, también docente de la FCE y colaborador de la revista *Estadística Argentina* – proyecto editorial de escasa trayectoria (1929-31)– identificaba cuáles eran las características que debía reunir el sujeto que cultivaba esta ciencia; a cualidades relativas a los sentidos (su “finesa”, “curiosidad” y “atención”), al carácter (“paciencia”, “sagacidad”) y a la formación (“espíritu crítico” y “erudición”) agregaba, en la misma medida, “imparcialidad y desinterés”.⁶⁸ La prioridad dada a estos atributos buscaba de algún modo desdibujar, borrar al sujeto tras su producto (la cifra), contribuyendo a reforzar la relación construida entre números e impersonalidad, que volvía “técnico” a ese conocimiento (y a su instrumentador). A su vez, y en sentido inverso, mediante otra operación de imputación simbólica, valores asignados al método, como exactitud y precisión, pasaban a ser también cualidades o virtudes del sujeto que lo aplicaba, en términos de su rectitud moral. En este sentido, el estadístico laboral José Figuerola, por ejemplo, destacaba la “tarea imparcial de investigación permanente” desarrollada en la División Estadística del DNT que él dirigía, a la que remitía la calidad de los resultados alcanzados, “cuidados, desde el punto de vista de la autenticidad, con todo celo y con invariable honestidad.”⁶⁹ De este modo, se concretaba el pasaje de los atributos del método (veracidad) a las cualidades morales (honestidad) del grupo experto que lo ponía en práctica. Las cualidades técnicas de exactitud, veracidad, rigor científico, se empezaban a conjugar con otras como las de reserva, sinceridad, honestidad, construyendo la garantía de una “ética profesional a toda prueba”.⁷⁰

Atravesada la crisis del '30, la estadística renovó, en el discurso de sus promotores, los valores supremos de la Nación a los que se vio asociada; se trataba de la búsqueda del bien común, el resguardo del interés colectivo, y sería integrado el ideal de justicia social.⁷¹ Los censos se vincularon al ejercicio de la ciudadanía y la solidaridad social, con los estadísticos como guardianes del cumplimiento de esos deberes.⁷² Fines de promoción social

⁶⁷ Acerboni, 1933: 287.

⁶⁸ Baiocco, P., “Función de los Institutos Universitarios de Investigación Económica”, *Revista de Ciencias Económicas*, año XXII, serie II, 1934.

⁶⁹ *Revista Investigaciones Sociales*, Síntesis de los resultados obtenidos en 1939, 1940: 3.

⁷⁰ *La Nación*, 21 de junio de 1947.

⁷¹ Ver, por ejemplo: *La Nación*, 12/9/1934 y 23/10/1936.

⁷² La indiferencia social a una cuestión vital para la nación como un censo merecía la censura moral general. En 1936 un diario se refería así a un grupo de industriales que no había cumplido con la ley de censo: “más grave que estas penalidades es, por cierto, la sanción moral que debe recaer sobre quienes han dado un ejemplo tan

y mejoramiento colectivo justificaban la utilidad de las cifras, pues la población, en su conjunto, se constituía en último destinatario de la labor estadística.⁷³

La construcción de esa utilidad era también ocasión para la distinción social de la palabra autorizada del experto: “recordemos que las cifras censales sólo son útiles cuando se las sabe interpretar en forma correcta y se las utiliza para fines de mejoramiento colectivo. Esta es la misión del sociólogo, del estadígrafo, del legislador y del hombre de gobierno, ya que ellos serán los encargados de deducir conclusiones de los resultados del censo y proceder luego de acuerdo a ellas.”⁷⁴ De esta manera, en paralelo a la construcción de ese fin último (el bienestar general), el valor de la estadística terminaba de pasar del número en sí mismo a recaer, fundamentalmente, en su interpretación. Ello ponía en el centro la competencia técnica con que estaba dotado el estadígrafo, ya que “el beneficio procurado por la estadística está en relación directa con la facultad especial de comprender los datos ofrecidos y de obtener de ellos conclusiones útiles, claras y correctas.”⁷⁵ Si bien el estadístico no detentaba, entonces, el monopolio de esa habilidad interpretativa, se jerarquizaba al presentarse como parte de un círculo restringido: el de los intérpretes de la Nación. En él, lo acompañaban sociólogos, economistas y políticos, pero curiosamente quedaban fuera médicos e ingenieros, profesiones con tradición y alto prestigio social en el país.

Los estadísticos que continuaron cumpliendo funciones técnicas en agencias oficiales no encontraron dificultades en acomodarse a una vida política signada por un clima de corrupción e ilegitimidad (Década Infame), regidos, como se reconocían, por su “distancia” respecto de la política, su lugar “neutral” y sus valores técnicos (racionalidad, modernidad, eficiencia). Formando parte ahora de gobiernos fraudulentos, retomaron, en su labor y en sus discursos, la matriz de la figura del estadístico legada por Bunge y sus contemporáneos. En primer lugar, como en su momento lo hiciera Bunge, reivindicaron la orientación pragmática del conocimiento por ellos producido. En sus informes oficiales, José Figuerola que había ingresado como jefe de estadísticas del DNT en 1931, destacaba las aplicaciones prácticas que habían encontrado las cifras por él recopiladas.⁷⁶ A mediados de la década del '40, las

censurable de desobediencia a una ley nacional y de incomprensión e indiferencia ante un asunto de vital importancia en el país. Cuesta creer que hombres y corporaciones estrechamente vinculados a los negocios (...) resulten dificultando una tarea administrativa de todo punto necesaria para la mejor organización y rendimiento de las actividades que ellos mismos representan”. (“Detección inexplicable”, La Nación, 23 de julio de 1936)

⁷³ Al respecto, véase Censo de población de la Ciudad de Buenos Aires, 1936: 5.

⁷⁴ El subrayado es mío. Censo, 1936: 42.

⁷⁵ El subrayado es mío. Revista de Investigaciones Sociales. Síntesis de los resultados obtenidos en 1939, 31-1-1940: 3.

⁷⁶ “Una trascendental y provechosa aplicación de los servicios de nuestra División de Estadística tuvo lugar en los últimos meses del año anterior y hasta principios del actual, con motivo de la promulgación y ejercicio de la

medidas de política social desarrolladas por los últimos gobiernos se pautaban como deudoras de las estadísticas de esa oficina.⁷⁷ En segundo lugar, no dieron ni un paso atrás en relación con el reconocimiento de los actores privados como interlocutores válidos de sus estadísticas. Por el contrario, la satisfacción de consultas a comerciantes, instituciones y empresas privadas, tal como aparece en las tareas de la DGEN reseñadas en las memorias del Ministerio de Hacienda de mediados de los años '30, se convirtieron en valuarte de su legitimidad. Tercero: el estadístico siguió mostrándose en su representación oficial como el burócrata eficiente, siempre “carente de suficientes recursos económicos”, que lograba hacer lo que un gran administrador con el “escaso pero muy competente personal” con que contaba.⁷⁸ Así, continuó, por último, destacando el profesionalismo de sus cuadros, trasladado incluso de la actividad regular y rutinaria de las oficinas a las tareas eventuales del censo.⁷⁹ En síntesis, estos elementos, combinados, lograban que valores como utilidad, eficiencia y profesionalismo se impusieran sobre la tensión que planteaba a la figura pública del estadístico la ilegitimidad política de los gobiernos en el marco de los cuales desempeñaba sus funciones técnicas.

Desde este lugar, y al compás de la ampliación y transformación de las atribuciones del Estado, la estadística se empezó a ver crecientemente involucrada en la regulación de la vida industrial, comercial y social del país, acrecentándose los ámbitos donde los estadísticos oficiales aplicaron sus saberes técnicos.⁸⁰ Por entonces, la orientación impresa por Figuerola a la oficina de estadística laboral nacional le daba un “nuevo horizonte al estudio metódico de toda clase de problemas sociales en la República Argentina” y buscaba consolidar para la

ley 12.591, que se propuso la represión de la especulación y del agio con la fijación de precios máximos iniciales y periódicos, apenas sucedida la declaración del estado de guerra en Europa, es decir, desde principios de 1939. Las investigaciones registradas hasta entonces sobre precios de artículos de primera necesidad fueron antecedentes auténticos de consulta para poder establecer precios máximos.” (Revista Investigaciones Sociales, Síntesis de los resultados obtenidos en 1939, Buenos Aires, 31-1-1940: 4)

⁷⁷ Decía Figuerola: “En el curso de los últimos 12 años, ha sido posible estructurar los servicios de investigación y medición estadística de los hechos económico-sociales, recopilándose abundante acopio de información y sistematizando sus resultados con rigor científico, con el fin de que sirvieran para mejorar las condiciones del trabajador. A esta documentación objetiva, técnicamente elaborada, han recurrido reiteradamente diversos órganos del Estado para contribuir al esclarecimiento de problemas que afectan el interés público o para materializar propósitos de mejora obrera, mediante aumentos en las retribuciones, reducción del costo de la vida, rebajas de los alquileres y variación de los precios de artículos de consumo, adopción de medidas para prevenir los riesgos de accidentes y enfermedades profesionales y otros de no menor significación y alcance. (Revista “Investigaciones Sociales 1943-1945”, Buenos Aires, 20-2-1946: 7)

⁷⁸ Revista Investigaciones Sociales, Síntesis de los resultados obtenidos en 1939, 31-1-1940: 2.

⁷⁹ “El personal ocupado en la compilación [del censo de población de 1947] es sometido a rigurosas pruebas. Para llegar a ellas se requieren títulos profesionales habilitantes.” (La Nación, 21 de junio de 1947)

⁸⁰ Halperín Donghi (2004) reconoció el rol cada vez más importante de la estadística en el lenguaje político, visible en las disputas parlamentarias, así como en la planificación económica y en la creación del armazón institucional que debía permitir al Estado desempeñar con eficacia sus nuevas funciones en ese campo. Sobre las nuevas atribuciones de la burocracia estadística en esta etapa, ver González Bollo, 2007.

figura del estadígrafo el rol de mediador en los debates sociales.⁸¹ La edición pública de sus números se prestaba al examen de los representantes del capital y del trabajo para la defensa de sus respectivos intereses. Para Figuerola, su alta responsabilidad como estadístico descansaba en el uso dado a ese “instrumento vivo”, la cifra, capaz de revelar “un posible factor de discordia o de avenencia en la relación entre patronos y trabajadores”.⁸²

Para los especialistas estadísticos que protagonizaron el clima social y político de los años '40, el conocimiento de los hechos traducidos en números constituía la base de la armonía y la tranquilidad social. Por el contrario, la ausencia de estadísticas, el desconocimiento y la falta de certezas, según Juan Vaccaro (egresado de la FCE y director de estadística municipal), introducía desequilibrios perturbadores en la sociedad, pues en esa situación “sólo el azar rige la vida de las personas (...) que en esas condiciones se debaten en la lucha por la existencia.”⁸³ En la medida en que la ausencia de conocimiento –se entendía– precipitaba desequilibrios perjudiciales para el país, se consideraba como tarea prioritaria consolidar en Argentina una “cultura estadística”, de manera de erradicar de la conciencia colectiva el azar, la duda, la incertidumbre, o la imprevisión, fuentes de discordia y perturbaciones. Así, más que un servicio administrativo, la estadística –integrada en la vida colectiva– aseguraba un estado de profunda “normalidad” para el país, su ingreso al campo de “la racionalidad”.

3) *La bifurcación del camino*

Con posterioridad a la crisis internacional de 1930, es posible observar la diferenciación paulatina, al interior del elenco de especialistas, entre quienes detentaban una posición en el aparato estadístico oficial y los miembros cuya inscripción “fuerte” fue la académica, pero que no por ello desarrollaron una actividad de índole menos práctica, ya que, de alguna manera, disputaron desde allí, lejos de posiciones burocráticas, la definición legítima de la figura del estadístico. Encarna principalmente este perfil el matemático Carlos E. Dieulefait, profesor de estadística en la FCE de la Universidad del Litoral. A diferencia de las trayectorias sociales antes analizadas, él no cumplió funciones públicas significativas en la burocracia estadística que muestren cierta continuidad. Sin embargo, Dieulefait se erigió, progresivamente, junto a figuras como la de González Galé (que venían ya de una larga trayectoria, pero que en este momento son recuperadas), en uno de los referentes centrales en

⁸¹ Revista Investigaciones Sociales, Síntesis de los resultados obtenidos en 1939, 31-1-1940: 6.

⁸² Revista “Investigaciones Sociales 1943-1945”, Buenos Aires, 20-2-1946: 7.

⁸³ Vaccaro, J., “El próximo censo general de la Nación”, Revista de Ciencias Económicas, año XXX, serie II, 1942: 213.

materia estadística en el país, a juzgar por el creciente espacio otorgado a su palabra en revistas especializadas, su lugar en los espacios de formación y por haberse convertido en fuente de consulta de la actividad estadística oficial.⁸⁴

El circuito que permite reconstruir sus trayectorias y funciones conocidas es de carácter, casi exclusivamente, académico (con algunos puntos de contacto con ciertos “estadígrafos oficiales”, según la clasificación de Acerboni, pero en los espacios menos asociados a su rol de burócrata público): cátedras en universidades, institutos académicos de investigación, participaciones en academias, en la Sociedad Científica Argentina (SCA) y el Museo Social (MSA).⁸⁵ Se destaca en su perfil el haber sido productivos creadores de instituciones estadísticas, también, de orientación académica, durante todo el período recorrido: González Galé fue uno de los pocos argentinos dentro del grupo que formó el primer Instituto Actuarial Argentino (1919), aún antes de existir la carrera universitaria. En 1932, Dieulefait creó un espacio pionero en Latinoamérica: el Instituto de Estadística en la FCE de la Universidad del Litoral, sobre la existencia previa de un gabinete específico también formado por él (1930).⁸⁶ Unos años después, González Galé y Dieulefait fundaron, junto a otros, la Unión Matemática Argentina (1936). En 1937, Dieulefait participó en la creación de la Sociedad Argentina de Estadística, en el marco del MSA, de la que fue su primer presidente. Desprovistos de un anclaje en la burocracia pública, se abocaron a la construcción de una imagen social del estadístico más ligada a la academia, el formalismo y la autoridad intelectual.

Cabe destacar que, de algún modo, todos compartieron la valoración positiva de los vínculos con instituciones internacionales de estadística. Así como en el siglo XIX, la legitimidad dada por estos lazos volvió a ponerse en primer plano, pero sobre un internacionalismo estadístico de nuevo cuño.⁸⁷ En el mundo de entreguerras, el estadístico nacional cobraba respetabilidad en la medida de sus credenciales como interlocutor de este tipo de entidades donde se cristalizaban los últimos adelantos científicos y se definían

⁸⁴ Ver, por ejemplo, el censo de población la ciudad capital de 1936. Además, ya consagradas, estas figuras tuvieron roles de asesoramiento técnico (González Galé en Consejo Nacional de Estadística y Censos), o cumplieron transitoriamente funciones directivas (como Dieulefait en la Dirección Nacional de Investigaciones, Estadísticas y Censos, entre agosto y octubre de 1946).

⁸⁵ Las carreras docentes de estas figuras se encuentran relacionadas. Acerboni fue jefe de la cátedra de estadística en FCE, reemplazando al matemático italiano H. Broggi, con quien había dictado clases como profesor suplente Bunge. Junto a Broggi, González Galé creó la carrera de actuario en 1927 en la FCE, UBA. Cuando el profesor Dieulefait inició la enseñanza de la estadística en la Facultad de Ciencias Económicas, de la Universidad del Litoral, en 1927, reconoció la influencia del Dr. Broggi. Más tarde, González Galé puso en posesión de su cátedra de la FCE de la UBA al matemático Dieulefiat (1937).

⁸⁶ Fue en esta facultad que se creó en 1948 la carrera de Estadístico Matemático.

⁸⁷ Según Desroisieres (1999), el internacionalismo estadístico se ve transformado a partir de 1920 por la fundación de instituciones internacionales de carácter abiertamente político, como la Liga de las Naciones y la Organización Internacional del Trabajo, y la emergencia de las estadísticas matemáticas y las probabilidades.

estándares de comparación mundial.⁸⁸ Si bien el intercambio con organismos técnicos internacionales renovó su valor para los estadísticos en el Estado (como, por ejemplo, se deduce de las articulaciones del DNT con la OIT), Dieulefait sacaría importante provecho personal de estas relaciones en las que sentó, sobre bases firmes, su prestigio, participando activamente del Instituto Internacional de Estadística, desde que fue electo miembro en 1935, y consagrándose vicepresidente del Instituto Interamericano de Estadística, que contribuyó a fundar en 1940.

En el contexto local, Dieulefait encarnó la orientación más academicista y teórica dentro del perfil de estadístico (aunque no fueron específicamente sus fines, ella derivaría luego en el dominio de una concepción formalista y matemática de la disciplina).⁸⁹ Este camino abierto por él adquirió crecientemente legitimidad como lo demuestran las temáticas de las conferencias sobre estadística que empezaron a encontrar mayor acogida en la tribuna cultural de la Sociedad Científica Argentina.⁹⁰ Allí, las conferencias sobre la materia que, durante los años '30, fueron claramente hegemónicas por Dieulefait (la década siguiente ya presentó más variedad de disertantes, en su mayoría ingenieros, pero albergó incluso a una mujer de la FCE - UBA) referían a polinomios, coeficientes, ecuaciones diferenciales, cuando la estadística oficial todavía estimaba a la población total, corolario de la ausencia de censos. De esta manera, este grupo construía, desde su posición de enunciación, a un auditorio muy especializado al que privilegiaba por sobre aquel al que se venía orientando el discurso del estadístico oficial, universal por momentos (todo hombre racional) o restringido (auditorio de elite), pero en relación a otro criterio cualitativo de cierre (su función política).

Se puede decir que sobre el telón de fondo de los desafíos económicos, sociales y políticos que planteó al país el contexto de entreguerras, las dificultades de reorganización que padecieron algunas agencias estadísticas oficiales después de la crisis institucional del '30 y con los sucesivos y erráticos reordenamientos de los primeros años de la década del '40, la separación entre ambos perfiles –los que pretendían una autoridad de corte académico e intelectual y los que presentaban como punto fuerte su pertenencia a la burocracia estatal,

⁸⁸ José González Galé fue quien asistió en representación de la FCE - UBA a la XVII sesión del Instituto Internacional de Estadística en 1928. (Revista de Ciencias Económicas, año XVI, serie II, n83, junio 1928)

⁸⁹ En el área de la enseñanza de la estadística en las facultades, el énfasis en la formalidad matemática se consolidó, con el tiempo, en los cursos de estadística, por sobre el tradicional enfoque práctico, iniciado por Broggi y heredado por Bunge, orientado a la aplicación económica, demográfica y similares. Al respecto ver: Mentz, Raúl P. y Yohai, Víctor J., 'Sobre la historia de la enseñanza de la estadística en las universidades argentinas', Revista Estadística Española, vol. 33, num. 128, pp. 533 a 558.

⁹⁰ En el período 1930-1947, creció la participación de temas estadísticos en las conferencias pronunciadas en la SCA. Todos los años (salvo 1935) se desarrolló, al menos, una conferencia sobre estadística, y hasta tres (en 1933). Tomadas por década, hubieron 12 conferencias especializadas en la del '30 y 14 en la del '40.

cada vez más cercanos a los espacios de decisión política— parece haberse ido consolidando. Esa división se afianzaba en la crítica de los “académicos” a las cifras oficiales y su búsqueda por diferenciar su actividad —que consideraban “científica”— respecto de la estadística que llamaban “administrativa”. Esta última se quedaba, según la opinión de Dieulefait, en un mero registro, no bastaba para discriminar la causa de los fenómenos, ni alcanzaba “el espíritu de rigor” que exigía la primera.⁹¹ Un hiato separaba a una y otra; por eso, en Argentina “operamos en el aire... haciendo contabilidad parcial... pero no elaboración científica que permita mirar hacia el futuro con alguna certeza, siquiera remota”.⁹² Estaba criticando entonces la labor de funcionarios burocráticos de carrera (como Lucadamo), pero también la de especialistas como Prebisch y Figuerola, que en su cualidad de “expertos” se arrogaban estar haciendo ciencia desde el Estado.

El informe del profesor Dieulefait —a pedido del Comité argentino de la Unión internacional para los estudios científicos de la población—, antes citado, puede ser considerado una primera expresión de la estrategia de distinción desplegada por este grupo, que no sólo quedó en palabras sino en actos.⁹³ En el discurso, esa estrategia recorrió la delgada línea construida entre la crítica “destituyente” de la estadística oficial y la advertencia sobre los peligros que acarrearía las deficiencias del sistema de estadística pública; esto es, que el poder político terminara recurriendo a instituciones privadas para informarse (dependiendo así de los mismos intereses que debía controlar). Otro ejemplo lo constituye el hecho de que, en ocasión de la creación del Instituto Interamericano de Estadística (IASI) en 1940, Dieulefait celebró que se hubiera descartado su organización como una federación de sociedades de estadística (estatales y/o privadas) —que eran excepcionales entre los países de la región—, pero más que nada que se hubiera abandonado la posibilidad de integrarse como una asociación entre servicios estadísticos nacionales (estatales) —de los que no se podía esperar “un aporte esencialmente técnico y científico”—, para coronar esta sociedad americana

⁹¹ Dieulefait, C., “La estadística oficial y los censos de población en Argentina”, BMSA, Año XXII, N°139-140, enero-febrero, 1934: 23-24. A modo de ejemplo, precisaba más adelante: “La estadística nacional demográfica es actualmente, meramente registradora. Se podrán conocer los nacimientos, las defunciones, etc., pero carecemos por completo de una Estadística demográfica en tanto que expresión minuciosa y descriptiva de la distribución de nuestra población por edades, familias, condiciones de vida, morbilidad, etc.” (Dieulefait, 1934: 39)

⁹² Dieulefait, C., “La estadística oficial y los censos de población en Argentina”, BMSA, Año XXII, N°139-140, enero-febrero, 1934: 24.

⁹³ Una serie de hechos, a nivel local, permiten aventurar la búsqueda (sin éxito) de este grupo por quebrar la inercia administrativa que criticaban, lo que implicaba a su vez jerarquizarse por sobre el grupo de estadísticos oficiales: la propuesta de Dieulefait de crear un instituto permanente de censo, la creación en 1941, en el marco de la SAE, de la Comisión Argentina para los Estudios Científicos de la Población, su propio paso por Dirección Nacional de Investigaciones, Estadísticas y Censos en 1946 o la integración de Gino Germani a la comisión de asesoramiento para la realización del Cuarto Censo Nacional (1947) a título de representante académico del Instituto de Sociología (creado en 1940).

de estadística “a imagen de la organización del propio ISI”, como espacio de articulación de “los cultores de la estadística” de América (en plural, pero en singular, es decir, desprovistos de cualquier tipo de inscripción institucional).⁹⁴ Devaluado todo respaldo oficial, la admisión de sus miembros pasaba a descansar en sus antecedentes y credenciales personales. En la medida que el IASI se consideraba, a nivel regional, el “ente que agrupa[b]a a los expertos en estadística en los diversos países Americanos”, la exclusión de los estadísticos oficiales argentinos los proponía también fuera de esa definición.⁹⁵

Si bien separados por la orientación teórica del camino trazado, los representantes de ambas sendas tuvieron ocasión de reencontrarse, de algún modo, en la Sociedad Argentina de Estadística, creada como sección del MSA en 1937. Este fue un espacio especializado de intercambio organizado alrededor del protagonismo de ciertas figuras, que disertaban en sus reuniones públicas sobre sus investigaciones personales (entre las que se encontró Alejandro Bunge). Los objetivos iniciales de esta asociación aglutinaba las áreas “fuertes” de competencia de cada grupo.⁹⁶ Dieulefait estuvo entre sus fundadores y en su condición de primer presidente de la misma, eligió para la reunión pública inaugural el salón de actos de la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, casa de culto del análisis matemático, el álgebra y la geometría analítica (¿señal, tal vez, de la inclinación formalista que procuraba imprimirle a esta sociedad?). Era también el ámbito de pertenencia del Ing. Emilio Rebuelto, quien lo acompañaba como vicepresidente de la nueva institución; profesor de “alto mérito” en esa casa de estudio (donde enseñó desde 1907 y hasta su muerte en 1950). Si bien, en ese momento inaugural, Rebuelto era el único en funciones en la estadística pública nacional (con cargo en la administración de los ferrocarriles del Estado, donde desarrolló su faz de especialista en estadística aplicada a la técnica ferroviaria), se lo consideraba “hombre de ciencia”, tanto por su extensa y amplia labor universitaria, como por su participación en reconocidas instituciones científicas (entre ellas, como miembro de la junta directiva de la

⁹⁴ Es curioso que este espejo en que procuraba mirarse la organización del IASA era en realidad la “imagen deformada” que tenía Dieulefait del ISI ya que, como plantea Desrosieres (1999), éste incluyó tanto a matemáticos como a estadísticos oficiales (de las oficinas de países miembros).

⁹⁵ Dieulefait, “El instituto interamericano de estadística”, *Revista de Ciencias Económicas*, año XXX, serie II, 1942: 33.

⁹⁶ “Fundada con el objeto de estudiar las estadísticas como disciplina teórica y práctica, colaborar en la organización y consolidación de los servicios estadísticos oficiales y privados, mantener relaciones en el orden interno e internacional con entidades análogas y personas especializadas en la materia, esta sección concreta una vieja aspiración de los estadígrafos argentinos y está llamada a desarrollar una obra de gran aliento en el campo de la estadística nacional.” *BMSA*, Año XXVI, N°187-188, enero-febrero 1938: 31.

SCA).⁹⁷ Su figura puede ser considerada pívot entre los especialistas estadísticos cuyo camino se vio bifurcado.

BIBLIOGRAFIA:

- BOTANA, Natalio y GALLO, Ezequiel, *De la República posible a la República verdadera (1880-1910)*, Ariel Historia, Buenos Aires, 1997.
- BOURDIEU, Pierre, “Espíritus de Estado. Génesis y estructura del campo burocrático”, *Revista Sociedad*, N°8, Buenos Aires, abril de 1996.
- BOURDIEU, Pierre, *Intelectuales, política y poder*, Eudeba, Buenos Aires, 2000.
- DANIEL, Claudia y GONZÁLEZ BOLLO, Hernán, “Entre la producción de los números oficiales y la divulgación pública: debates sobre la objetividad estadístico-censal en la prensa escrita (Argentina, 1890-1930), paper prepared for the Congress of the Latin American Studies Association, Rio de Janeiro, Brazil June 11-14, 2009.
- DESROSIÈRES, Alain, “The history of statistics as a genre: styles of writing and social uses”, INSEE, Paris, France, August 1999.
- GONZALEZ BOLLO, Hernán, “Alejandro Ernesto Bunge: ideas, proyectos y programas para la Argentina post-liberal (1913-1943)”, en *Revista Valores en la Sociedad Industrial*, Año XXII, N° 61, Diciembre, 2004.
- GONZALEZ BOLLO, Hernán, *La estadística pública y la expansión del estado argentino: una historia social y política de una burocracia especializada (1869-1947)*, Tesis de doctorado, Departamento de Posgrado, UTDT, Buenos Aires, 2007.
- GONZÁLEZ BOLLO, Hernán, *Para medir el progreso de la Argentina moderna. Formación y consolidación de una burocracia estadística en el Estado conservador*, Tesis de Maestría, Universidad Torcuato Di Tella, Buenos Aires, 2000.
- HALPERÍN DONGHI, Tulio, *La República imposible (1930-1945)*, Ariel, Buenos Aires, 2004.
- HALPERÍN DONGHI, Tulio, *Vida y muerte de la República verdadera (1910-1930)*, Ariel, Buenos Aires, 2000.
- MASSE, Gladis, “Fuentes útiles para los estudios de la población argentina en el Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (INDEC). Una visión histórica”, INDEC, Dirección de Estadísticas Poblacionales, Buenos Aires, 2000.

⁹⁷ En la mesa directiva de la Sociedad Estadística Argentina se sentaría más tarde José Figuerola (como vice de Rebuelto, elegido en 1940). Alejandro Bunge fue socio titular y miembro del Consejo Superior de esta sociedad.

- MENTZ, Raúl P., “Sobre la historia de la estadística oficial argentina”, en revista Estadística Española, vol. 33, nº128, Madrid, 1991.
- NOVICK, Susana, “Legislation about censuses and statistics in Argentina: 1854-1991”, ponencia presentada al XIII World Congress of the International Economic History Association (IEHA), Session N* 80: “Estatistical and cartographic information in State and market building processes, 18 th- 20th century”, Buenos Aires, 22 al 26 de julio 2002.
- OTERO, Hernán, *Estadística y Nación. Una historia conceptual del pensamiento censal de la Argentina moderna, 1869-1914*, Prometeo, Buenos Aires, 2006.
- PANTALEON, Jorge, “El surgimiento de la nueva economía argentina: el caso Bunge”, en NEIBURG, Federico y PLOTKIN, Mariano, *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina*, Paidós, Buenos Aires, 2004.
- PORTER, Theodore, *Trust in Numbers*, Princeton University Press, Princeton, 1995.
- WEBER, Max, *El político y el científico*, Aceditores, Buenos Aires, 2002.